

de los difuntos, como para canonizarla anticipadamente; mas el cardenal de Ostia le disuadió de ello. Se trasladó el santo cuerpo desde el monasterio de San Damian, extramuros de la ciudad, al de San Jorge, dentro de la ciudad; y el Soberano Pontífice, con todos los cardenales, quiso seguir á pié esta traslacion, que se hizo al són de trompetas con la mayor solemnidad; ésta fué la fiesta de una santa más bien que la ceremonia del entierro de una difunta. De este modo honró la Iglesia, en la persona de su augusta cabeza, á esta mujer que tanto habia edificado á la Iglesia.

§ LII.—Continuacion de la misma materia.— Santo Domingo, Santo Tomás y San Felipe Benicio.—Méritos y grandezas de San Bernardo.—Él fué el verdadero San Ambrosio de su siglo.— Á las mujeres debe la Iglesia este insigne doctor, y la Francia esta grande gloria.

Tambien la Orden de Santo Domingo, esa depositaria fiel, esa celadora ardiente é intrépida de la ortodoxia y de la ciencia católica, debe mucho á las mujeres. En primer lugar, su gran fundador, Santo Domingo, fué un santo desde su infancia por los cuidados cristianos de Juana de Aza, su madre, una de las más ilustres mujeres de España, que tambien ha sido venerada con el culto público de los santos. Estando encinta de Santo Domingo, vió entre sueños esta piadosa matrona el fruto de sus entrañas bajo la forma de un cachorro, que tenia una antorcha en su boca y que queria escaparse de su seno para ir á inflamar toda la tierra. Inquieta por este presagio, cuya significacion no comprendia, recurrió á Dios por medio de la oracion, y Dios la consoló, dándola á conocer, por medio de un santo abad, que lo que su hijo habia de esparcir por el mundo era el fuego del amor divino. Cerciorada acerca del destino de este hijo de los prodigios, lo consagró al cielo aun antes de darlo á luz á la tierra; ella quiso que se llamase *Domingo*, es decir, una cosa del Señor que debia pertenecer exclusivamente al Señor. Todavía no habia llegado al uso de la razon, y ya su santa madre le instruia de la grande mision que Dios le tenia reservada y del modo de prepararse para ella; y con sus oraciones, con sus lecciones y con sus ejemplos hizo que él fuese lo que fué.

En segundo lugar, Santo Tomás fué, no sólo el más brillante

ornato de la Orden de Santo Domingo, sino tambien el más grande propagador de ella. Reflejándose la gloria de su ciencia sobre su Orden, ha traído siempre á ella una multitud de grandes hombres, deseosos de mantener intacto y de perpetuar en ella el precioso depósito de la doctrina del *Ángel de las escuelas*. Pues bien: este prodigio de ciencia, este hombre, el más grande del Cristianismo despues de San Pablo y San Agustin; esta antorcha siempre brillante de la Iglesia, este maestro inmortal del mundo, fué dado tambien por las mujeres á la orden dominicana, al mundo y á la Iglesia; porque habiéndole confiado su madre, la condesa de Aquino, siendo todavia niño, á los benedictinos del monte Casino, para que le instruyesen en la ciencia de la santidad y en la santidad de la ciencia, le preparó para lo que habia de ser un dia relativamente á la ciencia y á la santidad. Es verdad que, habiéndoselo arrebatado á su madre los dominicanos, enfurecida ésta por la ausencia de su hijo, que formaba sus delicias, lo sacó del convento por la fuerza, lo condujo al palacio y lo hizo encerrar en una torre, bajo la vigilancia brutal de sus hermanos. Pero esto lo hizo, no tanto para disputárselo á Dios, cuanto para asegurarse de la sinceridad y de la constancia de su devocion. En esta prision, mientras que sus horribles hermanos se valian de todos los medios para combatir su resolucion de abrazar el Instituto de Santo Domingo, hasta el extremo de introducir en su habitacion jóvenes deshonestas que le sedujesen y corrompiesen, sus santas hermanas le prodigaban sus más afectuosos cuidados, le servian como á un ángel en la tierra, le consolaban y le exhortaban á la constancia. Su madre, á pesar de que aparentaba estar airada contra Tomás, no por eso dejaba de aprobar la conducta de sus angelicales hijas con su angelical hermano; y finalmente, habiéndose convencido de que su vocacion procedia de lo alto, consintió en que sus hermanas le facilitasen el medio de salir de la torre é ir á Francia, desde donde esparció su luz por todo el mundo.

San Felipe Benicio fué tambien auxiliado en gran manera por Santa Juliana, de quien hemos hablado ya, en la propagacion y el régimen de la Orden de los servitas, y tanto, que, viéndose próximo á la muerte, confió á esta admirable virgen, y no á los hombres, la direccion y la conservacion, no sólo de las hermanas, sino tambien de los hermanos de la misma Orden: tan grande era la

opinion que tenía de su sabiduría, de su poder y de sus virtudes.

No tenemos el tiempo necesario para decir las ventajas que otros fundadores de Institutos religiosos en la Edad Media, tales como Norberto, Bruno, Juan Gualberto, Alberto, Romualdo, Pedro Fourier y Francisco de Paula, debieron á los poderosos ejemplos y á las santas inspiraciones de la mujer católica. Pero no podemos olvidar que á una mujer debe la Francia cristiana su más grande hombre, su más bello ornato, su más brillante gloria, el patriarca de tantos santos religiosos, San Bernardo; porque Alet ó Alix, su madre segun la carne, lo fué mucho más segun el espíritu, y le hizo ser lo que fué. Mujer de una piedad tan grande como su nobleza y su instruccion, despues de haber santificado á su esposo Tescelin, señor de Fontaines, en Borgoña, cerca de Dijon, procuró tambien santificar los siete hijos que tuvo de su matrimonio. Inmediatamente despues de su nacimiento los habia ofrecido todos al Señor con sus propias manos, y habia querido criarlos á todos por sí misma, á fin de que mamasen de ella, con su leche, su amor á Dios, á la religion y á la Iglesia. Estando encinta de Bernardo, el tercero de sus hijos, tuvo un sueño muy semejante al de la madre de Santo Domingo: le pareció que contenia en su seno un cachorro que ladraba continuamente, sin callar jamas. Ella se affigió mucho con este sueño; pero Dios quiso tranquilizarla por medio de un santo hombre que le envió, el cual le anunció «que el hijo que habia de dar á luz sería un perro fiel de la casa del Señor, que no cesaria de ladrar contra los verdaderos lobos, los autores de escándalos y de herejías, y tendria un celo sin limites y un talento extraordinario para anunciar la palabra de Dios.» Consolada por este vaticinio, no se contentó la santa mujer con ofrecer á Dios este hijo como los demas; apénas le dió á luz, cuando le consagró de una manera especial y lo educó únicamente para el servicio de Dios y de la Iglesia. Ella trajo en torno suyo ciertos eclesiásticos de Chatillon-sur-Seine, y les encargó que no pusiesen en sus manos más que las *Actas de los mártires*, las vidas de los santos y los escritos de los Santos Padres, y que instruyesen á aquel hijo de bendicion en la teología, en la historia de la Iglesia y en la ciencia de los libros santos. De este modo hizo ella de Bernardo, jóven todavía, un pequeño santo y un pequeño sabio en la ciencia sagrada; que despreciaba el mundo y sus placeres, que constituia sus deli-

cias en la oracion y en la penitencia, que amaba el retiro, que hablaba poco y meditaba mucho, que no pedia á Dios otra gracia que la de conservarse puro y amarle, que hablaba con mucha inteligencia de los más altos misterios de la religion y que sabía la *Biblia* de memoria.

Siendo el jóven Bernardo todo de Dios por su entendimiento y su corazon, era tambien todo de los pobres por su caridad. Él les distribuia todo el dinero que tenía; él los socorria, los consolaba y aún les servía cuando se presentaban en su casa; pero esto lo hacia porque veia que su madre obraba del mismo modo. La vida de esta admirable mujer era una vida de oracion, de penitencia y de devocion. Alix era mirada en toda la comarca como una santa, por la abundancia de sus limosnas, por el cuidado que tenía de los pobres, por su celo en visitar los hospitales y en servir á los enfermos, como tambien por la pureza de sus costumbres, la severidad de su abstinencia, el cumplimiento exacto de todos sus deberes y su ardor por toda clase de buenas obras. Ella tenía cuidado de asociar su pequeño Bernardo á todas estas obras, y se comprende lo que debió ser Bernardo á vista de tal modelo, en una escuela tal y bajo la direccion de tal maestro.

San Bernardo tuvo tantos puntos de semejanza con San Ambrosio, que podemos llamarle *el San Ambrosio de la Edad Media*. Los dos fueron unos ángeles de pureza, unos intérpretes profundos de los libros santos, unos apóstoles infatigables de la divina palabra, unos grandes taumaturgos, unos auxiliadores poderosos de la fe y unos propagadores celosos de la verdadera devocion; los dos han sido llamados el azote de los herejes y los destructores de los cismas, la mano derecha de los Pontífices y los consejeros de los príncipes, los maestros del clero y los pacificadores de los pueblos, el alma de los concilios y los oráculos de la Iglesia. Los dos desempeñaron al mismo tiempo papeles políticos de mucha importancia, y cumplieron grandes misiones religiosas. San Bernardo fué á un mismo tiempo el más grande hombre de Estado y el más grande doctor de la Iglesia de su siglo, como San Ambrosio lo habia sido del suyo. Finalmente, ellos se parecen tambien por el estilo de sus admirables escritos. En ellos se halla la solidez de la doctrina católica realizada por las bellezas poéticas de la *Biblia*, por los encantos de la dulzura, por el perfume de una uncion celestial y por la elocuencia del

corazon; esto hizo decir de uno de los dos santos que las abejas habian hecho miel en su boca, y esto mismo dió al otro el sobrenombre de *doctor melífero*. En una palabra, el espíritu de San Bernardo fué el espíritu de San Ambrosio, que se reprodujo en él, como el espíritu de Elías se reprodujo en Eliseo. Pues bien, nosotros nos atrevemos á afirmar que San Bernardo debe tambien á su madre la ventura de haber heredado el espíritu de San Ambrosio. La historia de San Bernardo nos dice que la bienaventurada Alet tenía una grande y tierna devocion á San Ambrosio, y tanto, que todos los años invitaba al clero de Dijon y de los alrededores para que concurriese á celebrar con ella la festividad de este gran doctor en la capilla del castillo de Fontaines, y que en el último año de su vida le concedió Dios la gracia de ir á celebrar en el cielo la fiesta de su santo patrono, porque en la víspera de esta festividad del año 1110 fué acometida de una violenta fiebre; á la mañana siguiente pidió y recibió el sagrado Viático y la Extrema-Uncion, hizo rezar las oraciones de los agonizantes, á las que ella respondia con tanto fervor como presencia de espíritu, y despues, haciendo la señal de la cruz, espiró tranquilamente, asistida y acompañada en su entierro por el numeroso clero que estaba reunido en su casa para celebrar la fiesta de San Ambrosio. De este modo quiso Dios que fuese honrada por los ministros de la Iglesia esta mujer que habia dado un hombre tan grande á la Iglesia.

Pues bien, es indudable que esta bienaventurada matrona habia elegido á San Ambrosio por su patrono, y le tributaba un culto especial, para obtener de él, como lo obtuvo en efecto, que fuese el patrono y el modelo de su hijo. Nosotros ignoramos lo que sucede de grande, de sublime y de heroico en las profundidades del corazon de una madre cristiana que sólo aspira á la ventura de hacer de su hijo un santo; nosotros ignoramos las oraciones que dirige á Dios con este doble fin, las ofrendas que le hace, los sacrificios que se impone, las pruebas á que se resigna y el ardor con que se consagra; lo que sabemos es que Dios se complace mucho en estas expansiones generosas del corazon de la misteriosa é incomprendible criatura que se llama *una santa madre*; que corresponde á ellas por medio de comunicaciones inefables, y las llena de sus bendiciones celestiales, de tal manera, que el resultado excede al deseo.

Así es como la madre de San Bernardo tuvo la satisfaccion de ver á San Ambrosio resucitar en su hijo.

Debiendo San Bernardo á su madre todo cuanto él fué mientras ella estuvo en este mundo, le debió tambien de una manera especial todo cuanto él hizo despues que esta mujer cristiana se fué al cielo. El retiro del mundo, ó cierto tiempo pasado en la soledad, es el noviciado del apostolado. Por eso, habiendo Dios destinado á San Bernardo al apostolado de todo el mundo cristiano, le inspiró el deseo de dejar el mundo y encerrarse en un claustro. Mas apenas dió él á conocer este proyecto, cuando sus hermanos, que le amaban mucho, se valieron de todos los recursos para apartarle de él y para unirle más estrechamente al siglo por el amor de las letras y de las ciencias humanas; y Bernardo confesó despues que sus discursos y sus súplicas le habian conmovido en gran manera. Y ¿quién fué en su ayuda para impedirle que faltase á su vocacion? Su santa madre, cuya imagen conservó siempre en su espíritu y el más tierno afecto en su corazon. Él mismo nos dice que le parecia verla y oirla continuamente, reprendiéndole y recordándole que no le habia educado tan cuidadosamente para el mundo, sino para la Iglesia; que aún antes de darle á luz le habia consagrado á Dios y á la Iglesia, y que él debía ser el hombre de Dios y de la Iglesia. Mas no saliendo él de su perplejidad, un dia que fué á ver á sus hermanos, que estaban con el Duque de Borgoña en el sitio de Graneci, entrando en una iglesia y pidiendo á Dios con lágrimas que le hiciese conocer su voluntad y le diese el valor suficiente para seguirla, parece que vió á su madre confirmándole en su vocacion; porque, concluida su súplica, todas sus dudas desaparecieron y sólo pensó en abrazar la vida perfecta del solitario, no viviendo más que para Dios, y del apóstol, no trabajando más que para Dios.

Se sabe que apenas entró en el claustro, cuando comenzó á ejercer su apostolado con sus hermanos, ganándolos todos para Dios; pero esta conquista la obtuvo tambien por su madre. Habiéndose cansado un dia en hacer largos discursos para convencer á Andres, su hermano segundo, para que le siguiese, habia casi perdido el valor, porque el jóven, que se hallaba en su primera campaña, sentia mucho seguirle, cuando de repente exclamó: «¡Ya voy, madre mia!» Porque ella se le apareció visiblemente, sonriéndose con

ternura, y manifestándole que Dios le llamaba á él y á todos sus hermanos á la vida perfecta; y de resultas de esta aparición, los siete hijos de la bienaventurada Alet renunciaron á la milicia del siglo para hacerse soldados de Jesucristo, y aún el primogénito, que se hallaba casado, se separó de su esposa de comun acuerdo, y abrazó, lo mismo que ella, la vida religiosa.

San Bernardo nos dice también que muchas veces vió él á su santa madre en la gloria, y que ella le protegió en sus peligros, le sostuvo en sus luchas, le iluminó en sus dudas, le animó en sus duros trabajos y le aconsejó en sus grandes empresas, para la gloria de la religion y la ventura del mundo. ¡Franceses, tan orgullosos con razon de vuestro San Bernardo, no olvidéis que este gran personaje, que os hizo tanto bien y que tanto os engrandeció á los ojos de las naciones, fué obra de una mujer, y que nunca cuidaréis lo bastante de la instruccion religiosa de la mujer, de quien Dios se vale para obrar tales prodigios!

§ LIII.—La esterilidad de la virginidad voluntaria es prodigiosamente fecunda.—Santa Genoveva.—Sus grandezas y el prodigio de su sacrificio por su país.—Puntos de semejanza entre esta heroína cristiana y la Doncella de Orleans.—Historia de Juana de Arco.—Pruebas de su virtud y de su mision celestial.—Prodigios de su sabiduría y de su valor.—Sus combates y sus triunfos.—La infamia de sus compatriotas, entregándola á los enemigos de la Francia.—Retrato de su alma.—Juana de Arco, prodigio único en la historia del mundo.—La mujer católica á la altura de todo, tanto como el hombre.

San Ambrosio, el gran panegirista de la virginidad, ha notado que nada es más ventajoso al mundo que la multiplicacion de las vírgenes que se consagran al servicio de Dios fuera del mundo, y que la esterilidad virtuosa de la vírgen cristiana es prodigiosamente fecunda. Esto consiste en que, no teniendo la vírgen cristiana familia propia que cuidar, puede consagrarse al cuidado de todas las familias, y no teniendo hijos propios segun la carne, puede hacerse la madre de todos segun el espíritu, supuesto que San Agustin dice: «La caridad es también madre.» En efecto, las santas vírgenes de la Edad Media, tan absolutamente consagradas á los intereses de la Iglesia, no lo estuvieron ménos á la felicidad de los pue-

blos; sin embargo de ser unas mujeres piadosas, fueron también unas mujeres políticas. Sólo citarémos dos de ellas, las dos francesas y la gloria de Francia; en primer lugar Santa Genoveva, cuyas grandezas debemos recordar en este lugar.

Desde el instante en que ella se consagró á Jesucristo y á la Iglesia, severa consigo misma (ella no comia más que dos veces en la semana, y esto era únicamente pan de cebada y legumbres, ni bebía más que agua), se consagró enteramente, con una ternura maternal, al alivio de los desgraciados y al socorro de los pobres.

En aquel tiempo, habiendo pasado los francos el Rhin y ásolado la Normandía y la Borgoña, avanzaron hácia París. La alarma era profunda y universal: los habitantes pensaban retirarse á las plazas fuertes con sus mujeres y con sus hijos; el gobierno estaba sin fuerzas y los hombres sin valor. Sólo hubo una mujer, la vírgen Genoveva, que se constituyó por sí misma en gobierno y manifestó la presencia de espíritu y el valor de un hombre. «Nada temais, decia ella á las mujeres afligidas; confiar en Dios y entregarse con vuestros esposos á la oracion es mejor que huir.—Vosotros os engañais, decia igualmente á los hombres, si creéis poner en seguridad vuestros bienes trasladándolos á otra parte. Las ciudades donde tratais de refugiaros serán destruidas, y sólo París quedará sin recibir mal alguno.» Es verdad que, habiendo sido sitiado París por los bárbaros, comenzó á experimentar el hambre; pero la vírgen Genoveva se encargó por sí sola de proporcionarle víveres, que por el Sena iba á buscar léjos con algunas barcas; y ¡cosa inaudita, cosa única en la historia de las grandes calamidades de los pueblos! lo que ningun hombre hubiera osado pensar siquiera, lo ejecutó una jóven vírgen: ella alimentó á una grande ciudad por espacio de diez años (*Vida de Santa Genoveva*); y cuando la ciudad abrió en fin sus puertas á Childerico, que entró en ella como vencedor, por las súplicas de Genoveva, cuya santidad y cuyo valor le habian conmovido (á pesar de ser bárbaro y pagano), perdonó á los vencidos, y de este modo nadie sufrió el menor daño. Por otra parte, la fama de Santa Genoveva estaba tan extendida, que, desde el fondo de la Siria, San Simeon Stilita pedía con frecuencia noticias de ella y se encomendaba á sus oraciones. (*Act. SS., 3 Jan.*)

Mas ved aquí un bello trozo de un historiador lego, relativo al prodigio de la santidad y de la grandeza de los prodigios de la es-